

Un general invicto

Participante en cientos de combates en las tres guerras por la libertad de Cuba, el espirituario Serafín Sánchez nunca cayó en manos enemigas

Pastor Guzmán Castro

Tómese un lance cualquiera de los cientos que empeñó durante sus casi 30 años en campaña y se verá hasta qué punto el Mayor General Serafín Sánchez Valdivia arriesgó su vida en cientos de combates y batallas campales, a veces contra miles de soldados españoles, sin que nunca el enemigo lograra capturarlo ni destruir sus tropas, ni siquiera tras su heroica caída en el Paso de Las Damas.

Baste una síntesis de esas reñidas acciones como botón de muestra. Vemos a Serafín el 9 de septiembre de 1869 durante el ataque al fuerte de Lázaro López, donde una bala enemiga hizo caer mortalmente herido a su jefe, el general Ángel Castillo, dentro del dispositivo enemigo, donde es prácticamente suicida su rescate. Allí arremetió el futuro general con varios compañeros, aunque les fue imposible evacuar el cuerpo del jefe y amigo muerto.

Serafín, con grados de teniente, ha militado en las fuerzas de su coterráneo Honorato del Castillo, con las cuales libra los combates de Las Coloradas, Las Yanas, Judas Grande, Santa Gertrudis y El Jobo. Poco después embiste con esas fuerzas contra un grueso contingente de voluntarios españoles en la finca San José, cerca de Sancti Spíritus, al que aniquilan totalmente. El 7 de agosto se destaca en el combate de Júcaro, donde le arrebató al enemigo numerosas armas y un convoy con provisiones.

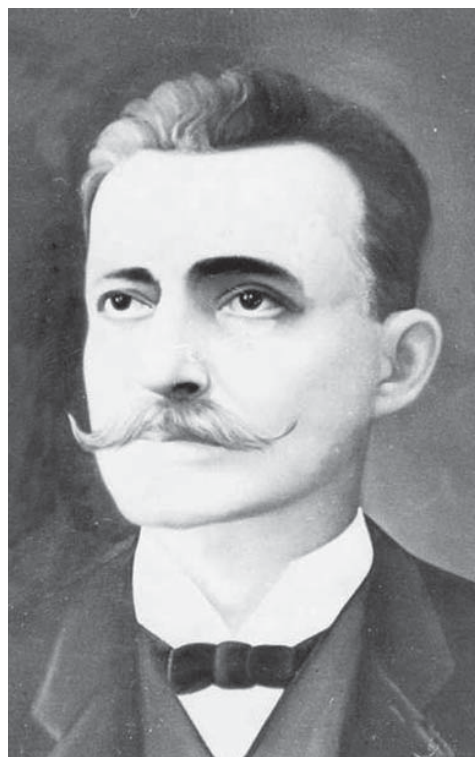
Lance tras lance, Serafín va ascendiendo peldaños militares, como el 11 de marzo de 1873 cuando en Camagüey, a las órdenes de Ignacio Agramonte, es ascendido a capitán por El Mayor, de quien adquiere sus dotes de organizador y jefe; resultó un acercamiento tan marcado que el 11 de mayo de 1873 en el combate de Jimaguayú, donde cae el Bayardo, es Serafín quien recibe su última orden.

Entonces el General en Jefe Máximo Gómez asume el mando de las tropas camagüeyanas. Con él participa en los cruentos combates de Las Yaguas, La Sacra, Palo Seco y Santa Cruz del Sur, entre otros, lo que decide al dominicano a ascenderlo a comandante. Con Gómez penetra Serafín en Las Villas en enero de 1875 y aquí brilla en constantes acciones, por las que el Generalísimo lo asciende al grado de coronel.

En 1877, cuando el espíritu combativo de los insurrectos cubanos empezaba a flaquear, Serafín se destaca en los combates de Paso de la Cabaña, Pozo Azul, El Guayo y La Campana; diezma a las guerrillas de Cabaiguán y Santa Lucía y ataca Banao y el fortín de Paredes. Poco después, junto a Francisco Carrillo, pone en fuga a las fuerzas del general español Carpentier en la Loma de La Papaya y luego enfrenta en El Guayo a las tropas combinadas del coronel Ogando y el comandante Hernández.

GRANDES COMBATES

El 24 de julio de 1895 el Paladín espirituario desembarca por Punta Caney, al sur de Sancti Spíritus, con los generales Roloff y Mayía Rodríguez, al frente de una expedición de 150 hombres y, apenas tres semanas después, el 17 de agosto, bate en Los Pocitos,



Serafín constituye el paradigma de los héroes espirituarios.

cerca de Taguasco, a una gruesa columna española. El general continúa peleando y el 23 de septiembre, en Las Varas, derrota al Batallón de Granada.

Semanas más tarde llega a tierra espirituario Gómez, y poco después, Maceo, para la Invasión a Occidente y fue en gran parte mérito de Serafín el aporte de cerca de 2 000 de sus mejores hombres al contingente invasor.

¿LOS ENCUENTROS MÁS RUDOS?

No existen dudas de que durante la primera etapa de la Invasión los combates más duros para Serafín Sánchez resultaron los de Boca de Toro, Mal Tiempo y Coliseo, y que, una vez regresado el espirituario a tierras villareñas por orden del General en Jefe, fueron los épicos encontronazos de Manajanabo y Paso de Las Damas los que marcaron su impronta bélica.

En Boca de Toro, donde Maceo dirigió el combate aquel 11 de diciembre, el general Sánchez cubrió con sus fuerzas el ala derecha del contingente invasor, lo que contribuyó al triunfo sobre un enemigo incapaz de avanzar pese a su superioridad material y técnica. En Mal Tiempo, codo a codo con Gómez y Maceo, Sánchez Valdivia combate bravamente contra sucesivos batallones peninsulares, a los que ponen en fuga después de causarles cerca de 150 muertos, unos 200 heridos y capturarles más de 200 fusiles.

A poco, Serafín, con 700 hombres bajo su mando, capturó y destruyó un tren con mercancías, y se apropió de un buen cargamento de víveres, y el 29 de diciembre, cuando se libra el terrible lance de Coliseo, desata fieras acometidas contra los cuadros de tropas españolas armadas con máuseres y bayonetas y llega al cuerpo a cuerpo, donde machetea a soldados de Iberia.

De regreso al terruño, fue Manajanabo la antesala brillante de su último combate. Allí choca con una tropa española de 1 800 hombres al mando del coronel López Amor y, pese a no hacer acto de presencia el general Quintín Bandera, con sus 1 000 infantes, convocado al sitio escogido por Sánchez, este logra ganar una batalla que —por esa causa— tenían casi perdida y expulsar al enemigo para quedar dueños del terreno.

Sería el megacombo del Paso de Las Damas, contra 2 600 españoles, el epílogo brillante de Serafín, pues lo que en sus planes consistía en realizar un fuerte hostigamiento y desgaste de las tropas de España, provocaría por azar del destino su partida física, ya de retirada, tras el logro del objetivo planteado. Pero ni siquiera así pudieron los colonialistas quedar dueños del campo y, mucho menos, apropiarse del cuerpo. Incluso muerto, el Héroe de las Tres Guerras los seguía enfrentando.

La vida entre los escombros

El único trinitario miembro de la brigada médica cubana Henry Reeves en México comparte en exclusiva con *Escambray* la experiencia de sanar en medio de las cenizas

Carlos Luis Sotolongo Puig

Muchos quedarán despidados si digo que esta historia la cuenta y protagoniza Heriberto Victoriano Ruiz Jorge. Si digo, en cambio, que esta historia la cuenta y protagoniza Chechito, el enfermero de Trinidad, sabrán cuánta verdad asiste a este diálogo sostenido a través del buzón electrónico.

Desde su celular, contesta mis preguntas impertinentes a horas impensables, luego de verificar que los pacientes a su cuidado permanecen estables o de atender al lesionado de último minuto.

“Si te digo que a veces no tengo miedo, te digo mentiras. Ha pasado más de un mes del terremoto y todavía la gente vive con el credo en la boca, como decimos en Cuba. Aquí se perciben temblores todos los días, a cualquier hora. Yo experimenté un sismo pequeño apenas llegué. Te repito, fue pequeño, y aun así me asusté. No quiero ni imaginar el infierno que vivió esta gente cuando el país se vino abajo”, fueron sus primeras palabras, incluso antes de explicarme la rutina de trabajo.

En 25 años de labor, refiere, nada le ha estrujado tanto el pecho. Ni siquiera Nicaragua y el rugido de los volcanes, en el 2015, cuando formó parte de una brigada quirúrgica de Ortopedia. “Imagínate que lo primero que veas al salir del aeropuerto sean montañas

y montañas de escombros —explica el licenciado en Enfermería—. Y llegamos de noche. Al amanecer del día siguiente fue lo duro: ver con claridad todos los desastres, casas hechas de telones en plena calle porque la gente temía que cualquier pared o techo les cayera encima, personas llorando, en el grado máximo de la desesperación, buscando el mínimo indicio de familiares o amigos sepultados bajo los destrozos”.

En el estado de Oaxaca, específicamente entre Ixttepec e Ixtaltepec, se erigieron las tiendas y hospitales de campaña donde la medicina cubana comenzó a prodigar milagros.

“Trabajamos desde temprano hasta bien entrada la noche. Al principio no existía horario para el descanso. Aquí cubrimos todos los procedimientos de Enfermería, incluidos gineco-obstetricia, cirugías, ortopedia, pediatría... Ya he perdido la cuenta de cuántas personas hemos atendido. Vivimos en casas de campaña, que es lo más seguro, con dos personas más. Los hospitales admiten más capacidad. Tenemos uno para las distintas consultas y otro para las observaciones y la enfermería”.

A veces la tierra tiembla de noche y le interrumpe el sueño. Por eso, detalla, tiene a su alcance el equipamiento imprescindible en caso de que deba salir corriendo. Cuando la tierra no tiembla de noche, Chechito piensa en su familia, en la gente querida,

en cuán poco necesita el ser humano para vivir.

La madre y el hijo a quienes el terremoto dejó en el desamparo absoluto y hoy viven con la brigada médica cubana, el bebé de un mes de nacido que debió trasladar a un centro de mayores cuidados a causa de una deshidratación severa, la sonrisa de la anciana cuando supo que no debía pagar nada por la consulta y los medicamentos entretejen sus recuerdos más preciados hasta el momento.

Aunque pasan los días, el corazón no aprende a lidiar con escenas tan desgarradoras, admite. En algún momento de su vida leyó de casos semejantes en los libros de la facultad, escuchó anécdotas de colegas en contingencias similares, pero “nada te prepara para ver tanto dolor junto. Que tú puedas ayudar a mitigar un poco ese dolor con tu experiencia es un sentimiento que no tiene comparación”.

Y es que más allá de lidiar con un caso más o menos complicado, es preciso, además, devolver la calma a corazones tan devastados como la ciudad misma. “Para eso también apostamos por la medicina —insiste Chechito—, para tranquilizar a quienes, en este caso, perdieron todo en menos de 5 minutos. La vida, como era, se terminó para ellos”. Entonces, dice, recuerda la vieja leyenda del ave fénix e intenta infundir un poco de esperanza para procurar que la vida resurja entre los escombros.



Por primera vez, el enfermero trinitario se enfrenta a un panorama tan devastador.

Foto: Cortesía del entrevistado